

ALGUNOS APUNTES SOBRE LA VIOLENCIA DOMÉSTICA, DESDE LA PERSPECTIVA DE VARONES

M.Sc. José Manuel Salas C.
Escuela de Psicología, UCR
Instituto WEM

INTRODUCCIÓN

El presente trabajo pretende dar una visión general a algunos datos que se consideran importantes, derivados de la investigación que sobre la temática de la masculinidad y la violencia doméstica viene realizando el autor. Los mismos proceden de la investigación **“MASCULINIDAD Y VIOLENCIA DOMÉSTICA (LO QUE PERCIBEN LOS HOMBRES)”**, inscrito en la Vicerrectoría de Investigación de la Universidad de Costa Rica, con el No. 723-95-230 (Salas, 1995; Nota de Ref. No. 1).

Además, se combinan algunas apreciaciones y comentarios, derivados del trabajo de tesis de maestría que el autor también desarrolla sobre la misma temática.

Se trata, entonces, de un trabajo más de corte general y el que asume una pequeña parte de varios de los aspectos, considerados de interés, propuestos para colaborar en la necesaria discusión que sobre esta problemática social se debe fomentar.

De entrada es necesario aclarar que se da cuenta de dos amplias categorías de análisis e investigación, como lo son la violencia doméstica y la masculinidad. No se parte de una relación per se entre ambas, ni que la primera necesariamente sea una dimensión calificadora de la segunda. Estrictamente, en el fondo, la pretensión final es contribuir con los estudios acerca de la construcción de la masculinidad en nuestra sociedad y cultura; en este caso, tomando como soporte de análisis la violencia doméstica.

Los trabajos de investigación que se vienen realizando es con hombres de la población general; es decir, son personas que no han sido calificadas de manera explícita como agresores (si dentro de ellos hubo o hay algunos que lo sean, es algo probable). Interesa el abordaje del hombre “común y corriente” sobre todo proyectando la necesidad de contar con elementos de juicio suficientes para trabajar en forma preventiva. La información proveniente de la labor con hombres agresores es necesaria y muy valiosa; no obstante, saber qué piensa, siente o dice aquel que no se asume como agresor o que de hecho no lo es, otorga una visión global que puede facilitar la planificación de acciones dirigidas a la vida cotidiana de hombres y mujeres, envueltos muchas de las veces en relaciones altamente violentas y destructivas.

Los datos de la investigación consignada fueron obtenidos a través de dos vías. Por un lado, se aplicó un cuestionario, con preguntas abiertas y cerradas, a dos grupos de hombres, pertenecientes a estratos socioeconómicos diferentes (“profesionales” y “obreros”). Cada grupo

estaba compuesto de 100 hombres. Por otro, en subgrupos también pertenecientes a esos estratos, se procesó parte de la información del cuestionario en sesiones tipo grupo focal (también se elaboraron algunas dimensiones no abordadas en el cuestionario). Estos subgrupos estuvieron conformados por un promedio de 11 hombres cada uno.

Además de lo anterior, se integran otras apreciaciones del autor proveniente de su experiencia terapéutica con adultos y parejas, que se convierte en otra fuente de investigación muy valiosa, al permitir acceder a ciertos aspectos del asunto no fáciles de abordar por otros medios.

Tal y como se señaló, el acercamiento a la situación de la violencia doméstica y la posibilidad de entenderla un poco más, en este caso desde la perspectiva de los varones, inevitablemente va llevando al sendero que conduce a la pregunta de fondo: cómo se construye la masculinidad en nuestro grupo social.

Por ello se incluyen también algunos datos sobre características del hombre que son consignadas por los sujetos investigados.

I- LA MASCULINIDAD Y LA FEMINIDAD EN ESTE CONTEXTO

Desde la óptica que se pretende en este reporte, se parte del hecho que buena parte del fenómeno de la violencia doméstica tiene que ser concebida sobre la base del cómo está construida o diseñada la masculinidad (y por ende también la feminidad). Eso no quiere decir que la masculinidad sea equivalente a violencia doméstica. Lo que se pretende es aportar elementos de comprensión a este fenómeno social, partiendo de la base que tal y como está construida la masculinidad propicia en gran medida la emergencia y sostenimiento de la violencia doméstica.

Para los efectos de este trabajo, se ubica como categoría básica de explicación y análisis a la teoría sexo-género, que viene a ser el marco de referencia general para entender lo que sucede con ser hombre o ser mujer en nuestro sistema social. Esta forma de ser es una construcción sociohistórica, por lo tanto modificable según las coordenadas espaciotemporales. Lo propio del ser hombre no ha sido nunca estático y se modifica por finos procesos sociales e individuales.

De esta manera, se entiende por género:

“...es un conjunto de cualidades económicas, sociales, psicológicas, políticas y culturales atribuidas a los sexos; los cuales, mediante procesos sociales y culturales constituyen a los particulares y a los grupos sociales” (Lagarde, 1990, pág. 61)

Ahora bien, esta división por género hace que se den diferencias entre hombres y mujeres en su comportamiento, volición y cognición. La teoría del género lo que ha venido es a desterrar aquellas explicaciones estáticas, sobre todo biológicas, que pretenden dar cuenta de diferencias sociales por medio de artificios genéticos, los que naturalizan y por ende rigidizan procesos socioculturales. Este tipo de teorías son caldo de cultivo para perpetuar sistemas de ideas y acciones y para paralizar cambios en muchos aspectos del orden social (además del género, diferencias raciales, explicaciones psicopatológicas, actitudes, capacidad intelectual, etc.)

Reiterando, la teoría del género dice que los hombres y las mujeres son tales no por ser del sexo femenino o masculino. La posesión de determinado sexo no lleva necesariamente a la posesión de determinado género, aunque este segundo soporta en mucho la construcción del primero.

Esto último es lo que explica por qué en muchas ocasiones se maneja la impresión que se es hombre o mujer por factores de tipo biológico. Por otro lado, los mecanismos sociales que están a la base de tal diferencia empiezan a funcionar desde mucho antes que cada persona nazca, a través de los adultos cercanos y lejanos del papá y la mamá de la criatura. No ha visto la luz y la persona ya tiene asignadas las categorías sociales que moldearán su forma de ser. De esta manera, se esperan y exigen ciertas condiciones para la niña y otras para el niño.

Que haya diferencias entre unos y otras no representa mayor problema. La cuestión se complica cuando tales diferencias se postulan para que actúen de manera radical en hombres y mujeres, llegando incluso a modelos maniqueos: ser hombre es no ser mujer, y viceversa. Además de esa división tajante, otro de los problemas es que las diferencias, por juegos en la vida social, se convierten en desigualdades, ángulo del asunto que requiere de mayor atención.

En el caso particular del sistema patriarcal, las diferencias y las desigualdades tienen como soporte la denigración que de manera sistemática y en diferentes grados se hace de lo femenino. Varias investigaciones en nuestro país dan cuenta de ello de manera muy clara (entre otros, ver Alvarez, 1991, Brenes y Vega, 1995). Tal desvalorización es inculcada en niños y niñas, desde las más tempranas fases de su vida, lo que hace que su incorporación se haga de manera muy efectiva y sutil. Gran parte de la identidad masculina y femenina están determinadas por este sistemático proceso de infravalorar lo femenino.

Ejemplo cotidiano de lo anterior se observa con claridad en cualquier grupo de niños, incluso preescolares, cuando la insinuación hacia alguno de ellos de ser una “mujercita” es causa de severos enfrentamientos para demostrar lo contrario. Así, lo femenino se convierte en el peor insulto que niño alguno pueda recibir.

Esta denigración de lo femenino se manifiesta en muchos otros ámbitos de la sociedad, que las personas van captando y actuando conforma crecen y que de adultos se consolida como una realidad. En mucho, la violencia contra la mujer debe concebirse dentro de este modelo. La diferencia entre decirle “mujercita” a otro niño y la agresión directa a las mujeres, con diferencias obvias de grado, tienen como raíz común el considerar a la mujer como persona de segunda clase, por lo tanto sujeta de dominio y control. Para ejercer ese control se puede recurrir a la violencia, la que se justifica en el individuo y en el colectivo si quien recibe la agresión se considera inferior.

Aún hoy se puede escuchar que la mujer puede ser objeto de agresión por parte de su compañero, imagen social que permanecía plasmada en muchos códigos penales, legitimando así desde lo formal el control de unos sobre otras, justificando los medios.

Junto con la desvalorización de lo femenino, está presente otro fuerte componente de la subjetividad masculina, determinante en buena medida de sus actuaciones y reacciones. No ser como las mujeres, no parecerse a ellas, aparte de evitar la asimilación a lo rechazado, es una

muestra de otro mecanismo que los separa de las mujeres: la homofobia. Es decir, se evita ser como las mujeres, además de escamotear todo aquello que se les parezca. Por ello, toda insinuación de ser o parecerse a homosexual debe desterrarse de lo masculino.

Esto llevado a niveles macro sociales desemboca en la desvalorización de lo femenino y de lo que se le parezca. La persecución, en las redadas policiales o en los chistes sobre afeminados de las fiestas, son manifestaciones de un mismo proceso de discriminación y señalamiento sociales. El chiste no es sobre la condición homosexual, sino sobre lo que se rechaza: lo afeminado, es decir lo similar a las mujeres.

Pese a este estado de cosas y a la forma como está construida, la masculinidad no es una entidad estable o segura. Es una condición que para los varones representa la inversión de altas dosis de energía, procurando que la misma permanezca a salvo e incuestionada. Como afirman Naifh y White (1991) se trata de un ritual permanente que se debe estar actuando y en muchas manifestaciones de la masculinidad.

Por ello, además de lo señalado como “razones” para ejercer la violencia sobre las mujeres, esto debe entenderse necesariamente, entonces, dentro de relaciones de poder. La violencia doméstica se ejerce sobre las mujeres y sobre otros sujetos sociales considerados como débiles (niños, ancianos).

No obstante y sin perjuicio de lo planteado, cuando se trata del poder y de su distribución, la realidad nos indica que éste no está depositado o a cargo de todos los hombres. Lo cierto es que no todos los hombres están en poder y por ello son también objeto de la violencia por parte de otros hombres.

Con claridad meridiana lo indica Kimmel (1994):

“La definición hegemónica del ser masculino es un hombre en poder, un hombre con poder y un hombre de poder. Igualamos ser masculino con fuerza, éxito, seguro, capaz, en control. Las muchas definiciones del ser masculino que hemos desarrollado en nuestra cultura mantiene el poder que algunos hombres tienen sobre otros hombres y que los hombres tiene sobre las mujeres” (pág. 125). (Las negritas no son del original)

Traducida tal situación a lo particular de la violencia doméstica, se ha observado (Rodríguez y Salas, 1991; Ortiz, 1993), además de lo captado en la experiencia clínica del autor, que muchos hombres y mujeres reportan haber sido violentados por otras figuras no masculinas. Es frecuente la referencia a las madres y abuelas como portadoras de altos niveles de violencia. La razón para ello nos lleva al mismo núcleo generador: son personas en posiciones de poder y desde él actúan conforme a lo prescrito.

Desde esta perspectiva, conviene explicitar y aclarar que aquí se trabaja con la violencia a cargo de hombres contra mujeres y niños. Esas otras manifestaciones indicadas deberán tenerse siempre como referente, considerando su necesario abordaje y revisión. De todos modos, esto lleva a la pregunta sobre qué es violencia, cuáles son sus diversas manifestaciones, quiénes la ejerce, preguntas todas muy valiosas pero que escapan a los alcances de este artículo.

Partiendo de las implicaciones de lo anotado, la definición que ofrece Claramunt (1997) de violencia doméstica se considera como muy apropiada y pertinente:

“...también conocida como violencia intrafamiliar , puede ser definida como todo acto u omisión que resulte en un daño a la integridad física, sexual, emocional o social de un ser humano, en donde medie un vínculo familiar o íntimo entre las personas involucradas” (pág. 7).

Obsérvese que la autora incluye dentro de su concepción a una serie de ámbitos que no son necesariamente el familiar directo, sino que lo amplía a otros círculos de relaciones, donde el vínculo primario y la confianza son sus notas predominantes. Obviamente que la dimensión poder es una constante infaltable en este acercamiento.

Esta definición permite, entonces, el acercamiento a muchas escenas de violencia domésticas que de otra forma estarían fuera de foco del análisis y abordaje.

Desde este ángulo del análisis, vale el momento para aclarar que entonces es preferible referirse a las masculinidades y no a la masculinidad. No todos los hombres ni de la misma manera pueden ejercer la masculina prescrita; “la masculinidad hegemónica”, como la describe Kimmel (1994).

Muchos varones no se ven reflejados de manera clara en las definiciones tradicionales de lo que es ser hombre en nuestro sistema social. De manera directa, le autor ha detectado, explícita o implícitamente,, la pregunta de muchos de ellos sobre “de cuál poder me están hablando”. Dimensión huelga decirlo, que merece todo un capítulo aparte de trabajo.

Escribe Kimmel (1994)

“Los sentimientos de los hombres no son los sentimientos del poderoso, excepto aquellos que se ven a ellos mismos como poderosos. Estos son los sentimientos que vienen inevitablemente de la discontinuidad entre lo social y lo psicológico, entre el análisis conjunto que revela como los hombres están en poder como grupo y el hecho psicológico que no se sienten poderosos como individuos. Esos son los sentimientos de hombres que fueron criados para creerse ellos mismos como autorizados para sentir ese poder, pero no lo sienten. No sorprende que muchos hombres estén frustrados y furiosos” (pág. 136).

Se puede colegir que si se sienten (o no se sienten) así puede llevar de manera perentoria a procurar mecanismos o indicios que los hagan sentirse coherente entre el afuera y su mundo interno. Cabe la posibilidad que la violencia doméstica tenga esta situación en su base.

II- ALGUNOS PUNTOS RELEVANTES . PROPUESTAS PARA DISCUTIR

1- CONCEPCIÓN DE VIOLENCIA DOMESTICA

Se trata de una pregunta abierta, de respuesta múltiple, que buscaba conocer la concepción de estos hombres sobre la violencia doméstica. Los resultados más importantes son:

Maltrato entre miembros de la familia	77%
Maltrato físico por parte de hombres	63%
Maltrato psicológico por parte de hombres	55.7%
Maltrato psicológico por parte de mujeres	47.7%
Maltrato a ancianos	43.7%
Maltrato físico por parte de mujeres	31%

Llama la atención que como primera respuesta se de una referencia a algo esperado, maltrato de tipo físico, lo que responde a la percepción típica del fenómeno. Lo que resulta sorprendente es que se plantee que ello sea por parte de todos los miembros de la familia, cuando lo usual es que se mencione básicamente a los hombres como emisores de esa violencia.

La segunda respuesta es la común y más referida en esta temática. Es curiosa también la siguiente respuesta, ya que si bien la literatura especializada habla de este tipo de violencia (la psicológica), no era esperada en esa proporción (más de la mitad) por parte de los varones mismos.

Sí merece atención la percepción del maltrato físico por parte de las mujeres, en casi una tercera parte de las respuestas, dados los estereotipos que sobre ese aspecto particular se manejan. Esta es una dimensión del problema que se retomará más adelante.

2- REFERENCIA DE SITUACIONES CERCANAS, CALIFICADAS COMO VIOLENCIA DOMÉSTICA

Es necesario anotar que ante la solicitud de describir situaciones cercanas catalogadas como de violencia doméstica, sin necesidad de datos que permitieran la identificación de la persona (de hecho, el cuestionario era anónimo), se obtuvo respuesta solo de un 41% de los hombres encuestados, sobre todo del grupo obrero.

Los hombres del grupo profesional, todos, dieron respuestas de “tipo teórico” a la interrogante planteada. Lo que se planteaba eran frases del tipo “La violencia doméstica se da cuando...”, “Creo que si...es porque hay violencia doméstica”, “la violencia doméstica es...”, etc.

Por su parte, el grupo obrero fue mucho más directo en las situaciones descritas, dando más referencias personales sobre hechos o anécdotas particulares vividas. Incluso, una de las respuestas dio cuenta de “un familiar que asesinó a su esposa”.

Este panorama, obtenido vía cuestionario, tuvo una dinámica parecida en el trabajo de grupo focal, en el que el grupo obrero trabajaba sin mayores inhibiciones, aun dando información muy personal y confidencial. El grupo profesional se mostró mucho más cauteloso sobre el asunto. Para el grupo obrero ello se explica por el hecho que ellos permanecen, pese a todo, más en sus casas y cerca de sus familias por lo se “dan cuenta de las cosas que suceden”.

Si se analiza este comportamiento de respuestas de frente a lo obtenido en la primera de las preguntas, se observa que no calza. Las posibles respuestas de “Pleitos en familia conocida” tienen una baja proporción en la segunda respuesta, lo que no es consecuente con la de que la violencia doméstica es sobre todo “la física entre miembros de la familia”. Es evidente que hay un manejo de desconfianza y cuidado en la respuesta, evitando situaciones comprometedoras para sí y la familia. Podría pensarse que la pregunta resultó un tanto amenazadora para estos hombres y de ahí el comportamiento de sus comentarios, sobre todo de los profesionales.

Al igual que en otros trabajos de investigación o ámbitos de contacto con estas poblaciones, la profesional de clase media es más desconfiada y susceptible al contacto con este tipo de situaciones; es una población “más defensiva”.

De lo anterior se desprende la necesidad de explicitar que cuando se trata de violencia doméstica, en este caso, es imprescindible realizar indagaciones con clara discriminación metodológica y conceptual de los niveles socioeconómicos y educativos en cuestión. Partir de “que todos los hombres son iguales” podría llevar a serios sesgos en el manejo y análisis de situaciones concretas. Las distorsiones de apreciación pueden resultar en inadecuados planteamientos de abordaje en esta problemática.

3- POSIBLES SOLUCIONES A LA VIOLENCIA DOMÉSTICA

Esta es una pregunta de respuesta múltiple, en la que se cuestionaba a los hombres sobre posibles salidas de solución a la problemática. Las respuestas fueron

Ayuda psicológica a los agresores	77.8%
Cambios en el sistema educativo	58.5%
Encarcelar a los agresores	21.6%
Que los agredidos se defiendan	18.7%

Podía esperarse un porcentaje mayor de respuestas en la vía del encarcelamiento de agresores y en la defensa propia de los agredidos y las agredidas, apelando a estereotipos que se manejan en

estos casos, sobre todo la primera opción. Es frecuente escuchar, en diversos ámbitos, que si no la mejor opción, la salida represiva es de las más propuestas y aceptadas por la población general.

Por otro lado, en relación con las otras dos respuestas, conviene cuestionarse sobre qué se está entendiendo por “ayuda psicológica” o por “cambios en el sistema educativo”. Por un lado, se podría estar aquí frente a una posible deseabilidad social; o bien, lo que es probable, frente a la concepción de lo psicológico como el plano individual de los fenómenos sociales (este manejo puede apreciarse tanto en el pensamiento científico como en el popular). Si esto último fuera así, se estaría al frente de soluciones centradas en cada una de las personas agresoras, lo que a su vez remite a una determinada concepción de fondo sobre la violencia doméstica. Esta apunta a un enfoque individual del proceso que subyace a este fenómeno social.

Este será un elemento fundamental de análisis que será retomado más adelante.

Respecto de lo educativo, cabe preguntarse si la idea que se tiene sobre ello apunta a lo formal o si involucra también las relaciones cotidianas, con todo su potencial de transmisión, producción y reproducción de las normas y códigos que rigen en los grupos sociales. El autor considera que la primera opción es muy factible debido que es una noción predominante en el imaginario popular y en el científico también.

Los datos anteriores coinciden con los obtenidos en otras investigaciones. Brenes y Vega (1995) exploraron, entre otros rubros, las representaciones sociales sobre sexualidad y educación sexual en niños y niñas y sus padres y madres. La mayoría de las personas adultas investigadas refieren que la educación sexual es la que brinda la escuela o colegio. No se asumen como agentes de educación sexual de sus hijos en la cotidianidad, instancia social privilegiada para tratar estas temáticas. Como implicación lógica, para estas personas no hay claridad de que al sumirse como “no educadores sexuales”, en la práctica se hace educación sexual.

Lo anterior es aún más significativo si se considera que en los grupos focales, en algún momento, se postulaba la necesidad de opciones de solución más globales o generales, con intervención del estado o de la iglesia. No obstante, esto deberá verse más adelante cuando tales opciones se centran más en posibilidades individuales y la explicación del problema es también de corte individual, aspecto que como se indicó será retomados posteriormente.

4- REACCIÓN DIVERSA ANTE AGRESORES Y ANTE AGRESORAS

La manera como se asume este punto particular denota mucha agresividad contra el hombre agresor, mucho menor o más atenuada que frente a la ejercida por mujeres agresoras. Esto fue captado con mayor claridad en el trabajo con grupos, cuya dinámica permitía una manifestación más fluida de pensamientos y sentimientos por parte de los hombres de la investigación.

Cuando se trata de varones, la explicación es que estos son violentos o agreden “porque son así”. Es decir, prácticamente que el agredir es consustancial a su naturaleza masculina. Es evidente que se está frente a una explicación “naturalista” del comportamiento de las personas, donde el abordaje está teñido por una visión individualista y estática de la realidad.

Si el asunto es sobre mujeres agresoras, se plantea que si lo hacen es “porque algo les pasó”, refiriendo sobre todo situaciones de su historia personal que puedan dar cuenta de lo que les pase luego, llevándolas a agredir a otras personas (sobre todo a niños). Además, como complemento a lo anterior, la naturaleza también aquí actúa, pero a la inversa que con los varones: ellas por su naturaleza no pueden ser agresoras. Uno de los argumentos que más utilizan es que su “instinto maternal”, su forma de ser, “su naturaleza”, etc. impide que puedan ser portadoras de agresividad.

Se produce una suerte de disonancia cognitiva en estos varones ante la posibilidad de visualizar mujeres agresoras, en virtud que sus esquemas sobre el ser femenino no les permite manejar tal posibilidad. Una salida a esa disonancia es, precisamente, naturalizar el asunto. En relación con ello, tanta es la disonancia que ante la posibilidad de una mujer agresora y el hecho de tener que denunciarla, se plantea que eso no lo harían, primero porque ello chocaría con sus imágenes de mujer y segundo porque eso “no es de hombres” (asunto que será objeto de profundización más adelante).

Ante la violencia doméstica, la explicación para lo que pasa con los varones es que ellos son así mientras que las mujeres han pasado por un proceso, propio de su historia personal, que está a la base de lo que les suceda.

Para los efectos de este artículo, no interesa entrar en el fondo de la discusión respecto de cómo se concibe o entiende ambas manifestaciones de la violencia doméstica o sobre la cuestión específica de la mujer como agresora y las condiciones en que ello se produce. Los datos aportados pretenden dar luz sobre cómo los varones ven la situación, sobre todo, cómo se ubican en ella y tratando de dar más elementos de juicio sobre cómo explican la cuestión para su condición de varones.

5- DISPOSICIÓN AL SEXO

Una de las preguntas del cuestionario (de respuesta múltiple), que luego fue también trabajada en el grupo, fue acerca de las características que ellos consideraran que son típicas en el hombre.

Algunas de las respuestas se basaron en los estereotipos más conocidos: activo (83%) y competitivo (59%). Luego se planteó que sensible, en un 58% y “romántico” en un 45%, respuestas sorprendentes viniendo precisamente de varones, ya que no es algo común que ellos aludan a estas dimensiones afectivas.

No obstante y en mucha relación con lo anterior, llama poderosamente la atención que “siempre dispuesto al sexo” tenga una muy baja respuesta (20%), de hecho muy alejada de las otras. Es conocido este estereotipo social sobre la condición masculina, que marca no solo esa disposición permanente sino también la sapiencia y habilidad de los hombres en materia de sexualidad, atributos que les son dados por el solo hecho de ser hombres.

Este comportamiento de la respuesta llama a reflexión pues de otras fuentes se obtiene la imagen inversa, en el sentido de ostentar (real o fantasiosa) una actitud de “sí estar siempre dispuesto”, como una característica básica de la masculinidad. Es decir, es propio de los varones tener una sexualidad lista y activa de manera permanente. Cuando ello no es así, dadas las expectativas que sobre ello existen, se da una enorme dificultad de aceptarlo, ya que de hacerlo se pueden cernir serias dudas sobre la varonilidad, lo que a su vez es seriamente amenazante para la condición masculina.

Lo anterior es fácilmente observado en ciertas conversaciones de los hombres en las que se habla, ostenta y alardea sobre sexo y poco se aborda la sexualidad.

Asociado con el discurso, es necesario dar una revisión general a cómo es la sexualidad masculina. Contrario a lo que puedan plantear algunos y algunas teóricas sobre el asunto (Lagarde, 1990), el autor considera que la sexualidad masculina dista mucho de ser erótica. Todo lo contrario, las demandas que el hombre experimenta acerca de su sexualidad, hace que la asuma y viva de manera más bien rígida, estereotipada, mecanizada. En forma general, los varones viven esta área de sus vidas donde debe darse la erección, la penetración y la eyaculación, en la que tienen que mostrar de manera permanente sus dotes de macho “cumplidor”. Una de las bromas más frecuentes entre los varones es preguntarse entre sí aquello de “y qué... le cumpliste a la doña?”. En este mutuo chequeo de sus calidades sexuales se ejerce una tremenda supervisión entre los varones, lo que entre otras cosas convierte a su sexualidad en un campo más de competencia.

Por esa razón, plantearse la sexualidad de otra manera está fuera de sus esquemas, con lo que se deja de lado la puesta en juego de una serie de dimensiones y aspectos de la vida afectiva de todo ser humano. Mucho de lo que actúa en esta situación es el temor a que, si no se está respondiendo de la manera debida, haya sospechas de no ser como tienen que ser los hombres. En este sentido, la sexualidad es una de las áreas más sensibles a ese tipo de dudas.

Así, los varones tienen una sexualidad bastante cercenada. Justo esta una de las principales quejas e las mujeres acerca de muchos de sus compañeros sexuales: les interesa el coito. La literatura especializada, sin quererlo, ha reforzado este esquema al insistir en los llamados preliminares de todo acto sexual, con lo cual se dice también que hay otro momento que es el “principal”. Los varones se han quedado más con el principal, con lo que se deja de lado lo “no importante, lo accesorio, lo preliminar”.

Esta última situación la ilustra de manera dramática la referencia común de muchas mujeres sobre el hecho que su compañero las toca o les hacen cariño solo cuando “quieren de eso”. La imagen de sexualidad masculina que de esto desprende es que está, además, escindida entre lo afectivo y lo genital.

Buena parte de este mecanismo es el que viene a explicar el por qué muchos varones acuden a la prostituta: con ella se va al grano, no se pierde tiempo, no hay que ser muy romántico y la cosa acaba rápido. La experiencia sexual es entonces una especie de desahogo de instintos naturales que debe satisfacerse de la manera más expedita posible.

6- LA EXPRESIÓN DE AFECTO

Muy en relación con el aspecto anterior, dos de las preguntas del cuestionario indagaban sobre la expresión afectiva por parte de los varones. Ambas deben analizarse en forma conjunta.

Por un lado, en forma abrumadora, se contestó “en desacuerdo”(casi el 90%) con que sentir y expresar sentimientos no es cosa de hombres. Parece, entonces, que ello sí es cosa de hombres. No obstante, cuando de seguido se interrogó sobre si tal dificultad obedecía a circunstancias propias de la crianza masculina, las respuestas fueron mucho más diluidas: “muy en desacuerdo” (17.9%), “desacuerdo” (23.5%), “de acuerdo” (48%) y “muy de acuerdo” (10.6%).

En otros términos, se vuelve nuevamente a la idea que los hombres “son así”; no hay una noción de proceso en la conformación de la masculinidad. El que a los hombres no les sea fácil expresar afecto es algo con lo que hay pleno desacuerdo; sin embargo, cuando se trata de historizar la posible dificultad (“porque fueron criados así”) genera una respuesta más diluida. De ahí que, si no es por procesos de crianza, es por características que les son intrínsecas per se.

Cuando se trata de visualizar situaciones determinadas por razones de historia personal o colectiva (como hombres), la duda se instala en la respuesta, fenómeno también detectado en otros de los ámbitos evaluados en la investigación.

Quizá fue este uno de los temas que dinamizó de manera muy rica el trabajo en grupos focales. Como idea o noción subrayada se planteó “que es curioso” que a ellos se les facilita mucho más la expresión afectiva con niñas que con niños.

Uno de los participantes de mayor edad comentó con cierto dejo de nostalgia la conversación que tuvo con su esposa luego de una de las sesiones de grupo. Refirió haberle dicho a su compañera que le hubiera sido mucho más fácil relacionarse afectivamente con hijas que con hijos (tienen tres hijos varones).

Otros comentarios que se produjeron eran en el mismo sentido. Manifestaron que los padres “abandonan afectivamente sus hijos varones”, muchas de las veces perseguidos por el miedo al “maricón”. Por implicación, con las niñas no hay mayor problema (o miedo) de acercarse verbal y físicamente.

Es evidente que tanto en este apartado como en el anterior, lo que subyace en los comentarios de estos hombres es la acción de mecanismos homofóbicos que son de los más constantes y efectivos en la conformación de la subjetividad masculina. La homofobia, de esta manera, cercena y limita la capacidad de los varones de dar y recibir afecto, sobre todo en la relación con otros iguales. Como ya se anotó al inicio de este artículo, la instauración de la homofobia se da en los procesos de socialización masculina más tempranos y primarios. De ahí su efectividad, sutil y persistente.

7- EL SER COMPETITIVO

Como un análisis particular de la característica masculina de ser “competitivo”, la que como ya se indicó es una de las más referidas por los hombres de la investigación. Naifh y White (1991) plantean que quizá es esta una de las principales características de la conformación del ser masculino y que el estar en competencia, en muchos ámbitos, es muy propio de la masculinidad. Ello se da en áreas tales como la sexual, la laboral, en relaciones de pareja, etc.

Por su parte, Kimmel (1994) llega a postular que la masculinidad del “americano medio” (léase, estadounidense) está determinada, desde principios del siglo pasado, por lo que él denomina “el ser masculino de mercado” :

“El Hombre de Mercado derivó su identidad por completo de su éxito en el mercado capitalista conforme acumuló riqueza, poder, estatus...El Ser Masculino de Mercado era un ser masculino que requería demostración y que requería la adquisición de bienes tangibles como evidencias de éxito” (Kimmel, 1994, pag. 124)

Esta particularidad, junto con otras más igual de determinantes, hace que se conforme lo que este autor denomina “masculinidad hegemónica”. Quienes no estén dentro de ella son menos hombres. Así, los negros, los chinos, los homosexuales, los indígenas, etc., quedan excluidos de lo que se acepta como la masculinidad oficial; es decir, son no hombres o menos hombres.

Si a lo anterior, agregamos cuestiones como la homofobia, la fragilidad de la masculinidad y otros elementos más, se da la necesidad, entonces, de procurar el mantenimiento de esa condición, recurriendo a muchos ardides y truco, que muchas veces atentan contra ellos mismos.

Al respecto, agrega Kimmel (1994):

“La historia de las vías por las que el Hombre de Mercado se transformó en cualquier Hombre Americano es un cuento trágico, un cuento de esfuerzo para vivir acorde con ideales de éxito imposibles, que conducen a crónicas de castración terroríficas, vacío emocional y rabia de género que deja un gran sabor de destrucción en su despertar” (pag. 124)

Aún con las diferencias del caso, ese panorama bien puede ser el de muchos hombres de nuestro país y región que ven sometidas sus vidas a una constante presión por responder al llamado de esa masculinidad hegemónica. El problema es que el precio que se paga es muy alto. La frecuencia de hombres de mediana edad con altos índices de ansiedad y angustia, problemas cardíacos severos, gastritis, etc. es una muestra de tal condición donde la competencia feroz está a la base de esos síntomas. Es obvio que tales características de personalidad en estos hombres están acordes y son funcionales para un sistema donde la competencia y récords de ventas son la tónica y medida del éxito.

El sistema promueve la competencia y los hombres convierten sus vidas, en muchas de sus facetas, en campos de competición, sobre todo con otros hombres. Incluso, como se revisó páginas atrás, hasta la sexualidad es un campo de competencia (o de batalla).

En este contexto, debe ponerse atención al comportamiento de las respuestas de los hombres encuestados, en función de su edad. Conforme ésta avanza, hay una paulatina disminución de la importancia otorgada a esa característica. Es esperable que para los hombres ya viejos haya una resignación ante lo irremediable del dejar de ser competitivos, situación no presente así en los más jóvenes.

“Los signos de los tiempos” toman una especial relevancia en esta parte del análisis, tal y como se ha postulado. Este es quizá uno de los núcleos centrales de cualquier investigación que se realice sobre la masculinidad, ya que la relación producción/hombría (entendida esta última de manera particular) es una de las determinaciones más fuertes que pesan sobre los hombres, en especial los del llamado Tercer Mundo, donde las posibilidades de ser competitivos, para grandes contingentes de ellos, se restringen cada vez más. En este momento histórico, dejar de ser productivo/competitivo (según los dictados del sistema) no requiere del inexorable paso de los años, pues en cualquier momento los ajustes estructurales sacan a millones de hombres de su rol tradicional y con ello de su masculinidad.

Este panorama evidentemente provoca mucho temor e incertidumbre e los hombres, al ver socavados los cimientos de su identidad masculina. De ahí que las posibilidades del incremento de la violencia doméstica, conforme esas bases se debiliten aún más, es una posibilidad latente. Por lo menos como hipótesis de trabajo, vale la pena repensar en este ángulo del problema, retomando las condiciones laborales y económicas cada vez más precarias de muchos hombres.

III- ALGUNAS REFLEXIONES GENERALES

Retomando los apartados anteriores, se está en posibilidad de proponer algunas ideas a manera de motivos para continuar la discusión y análisis. No se pretende postular conclusiones en un tema totalmente abierto y sujeto todavía de mucho trabajo.

1- En primer lugar, uno de los elementos que más llama la atención en la investigación es el hecho que el hombre no concibe a la violencia doméstica, ejercida por varones, como producto de un proceso sociohistórico, con determinaciones procesales.

Todo lo contrario, la imagen que persiste es la de una masculinidad y un ejercicio de la violencia doméstica como hechos dados de por sí. El hombre es así. El hombre agrade porque es así. Aun cuando en algunos tramos, sobre todo del trabajo en grupo, se insinúa una tímida referencia a proceso, el peso del análisis recae en las características estáticas del hombre como tal.

Debe recordarse que al tratarse de una investigación con hombres de la población general, la información aquí consignada debe tratarse como tal. Se trata de lo que piensan, sienten y hacen hombres “comunes y corrientes”, de hombres que no son, no están catalogadas o en muchos casos no se asumen como agresores.

Lo que planteen estos hombres se convierte, pues, en una importante fuente de información que puede servir de base para la estructuración y el diseño de programas de intervención, sobre todo

en el nivel primario, dirigido a la población general. Desde esa perspectiva, partir que los hombres asumen la violencia doméstica como un hecho dado es una premisa de primera importancia para cualquier acción a desarrollar. Es decir, aparte de la necesidad que los hombres asuman la parte que les corresponde en esta problemática, debe considerarse la concepción que tienen de ella. Desmistificar esa concepción, historizar las explicaciones estáticas de fenómenos sociales y reubicar la participación social de cada quien es una tarea harto compleja, pero necesaria.

Ya se indicó que tanto en el sondeo vía cuestionario como en el trabajo grupal se planteaba, aunque tímidamente, la necesidad de la intervención del estado y de la iglesia frente a la violencia doméstica. Es decir, se insinúa alguna noción o idea más global, histórica y social, de la situación; no obstante, al momento de postular alternativas de solución, cuando así se inquiría de manera explícita, la respuesta era la acción individual o centrada en los sujetos individuales.

La relación individuo/colectivo social no es clara, por lo menos para efectos de la temática en cuestión, y más bien se recarga el asunto en el plano individual. Es evidente que estas aproximaciones paralizan la acción tanto de cada quien (lo que no se descarta) como de opciones colectivas, lo que sin duda dificulta aun más la posible confrontación de la violencia doméstica. Partir de sujetos que se asumen como signados por factores que no son modificables, matiza de manera muy particular las posibles tareas a desarrollar.

La situación descrita parece ser un reflejo de una condición más general que al hombre le cuesta asumir: la de ser género también. Y como tal, portador de una serie de condicionantes que están a la base de su comportamiento, pensamiento y acción. Asumirse como género es asumirse como ser historiado. Ya se ha visto que, por lo menos en lo que atañe a la violencia doméstica, ello no es así.

2- Atendiendo también lo que reflejan los datos analizados, se desprende otra arista de la cuestión que merece un mayor análisis.

Tanto en lo que concierne a la violencia doméstica como a las manifestaciones de la masculinidad, se insinúa como una dimensión para su abordaje el trabajar el área de la sexualidad. En ésta, de manera particular y a veces dramática, se evidencian las más sutiles y complejas tramas que conforman la masculinidad.

Cuestiones como la identidad, la salud, las redes vinculares, el proceso de socialización, la autoimagen y otras más, son observadas con peculiaridad por medio de la revisión de la sexualidad masculina. En ella se ponen en juego muchos de sus componentes (de proceso y fenomenológicos) que dan luz sobre su realidad y sobre su eventual abordaje. Se ha expuesto a lo largo del artículo que uno de los componentes privilegiados en esta línea es el papel determinante que juega la homofobia en la conformación del ser masculino. Posiblemente sea el área más sensible, más cuidada y más temida por los hombres. Debe recordarse que la homofobia masculina, para que sea efectiva, debe estar también presente en otras figuras del entramado social (las mujeres, las madres y obviamente los padres, en su doble papel como padres y de hombres).

No se está postulando una consideración exclusiva. Hay otras áreas también altamente propiciadoras para el trabajo con hombres. Entre ellas, cabe mencionar la condición de padre, de trabajador, etc.; no obstante, la sexualidad, permite acceder a componentes muy sutiles del ser masculino, sobre todo de su subjetividad, individual y colectiva.

3- Sin perjuicio de lo anterior, también es necesario trabajar la masculinidad desde uno de los estereotipos más fuertes que le acompañan: la situación del hombre como proveedor.

Por un lado, son evidente las consecuencias de cercenamiento y extrañamiento que esta imposición ha impactado en los hombres, respecto de su capacidad y necesidad de vincularse con los seres más cercanos, en términos que vayan más allá de suministrar los sustratos materiales para la vida. El agravante es que esta peculiaridad juega en los dos lados: quienes no reciben ciertos afectos masculinos (compañera e hijos) y el hombre mismo, quien se limita en sus potencialidades de ser dador y receptor de afecto.

A este panorama un tanto triste se une otra situación que bien podría agravarse aún más de lo que ya está. Ese rol de proveedor corre serios riesgos de ser deslegitimado o literalmente desaparecido, si se atienden las condiciones de desplazamiento de miles de hombres de sus puestos ocupacionales, producto de los criminales programas de ajuste económico y estructural. Aquí bien se podría hablar de la realidad objetiva o del imaginario social. Muchos varones no son los proveedores de millones de familias; lo son mujeres. Sin embargo, la disposición ideológica de otorgarles esa posición, los lleva en la realidad o en la fantasía, a asumir las consecuencias del desplazamiento descrito.

4- Finalmente, los procesos que están determinando la conformación del ser masculino, no son procesados e incorporados solo por los hombres. Ellos actúan también en todos los grupos sociales de manera determinante. Como se anotó al inicio de este trabajo, para que lo masculino se moldee de manera efectiva debe darse su contraparte en otros actores y actrices sociales. De esta manera, saber qué conciben las madres, los padres, los y las adolescentes, los abuelos y las abuelas, las maestras, etc. sobre el ser masculino son componentes informativos básicos, no solo para comprenderla mejor sino para tener más claridad sobre la estructuración de programas de intervención.

La forma de ser de los hombres está diseñada para que se relacionen y actúen en grupos sociales que además de complementarla, la acepten y toleren las más de las veces sin mayor reparo. Si ello no fuese así, los esquemas de la masculinidad no tendrían mayor cabida y perecerían de inmediato. La historia muestra y demuestra que tal cosa no es así. Por ello para cambiar esa historia, en este caso en la situación propia de los hombres, debe pasar necesariamente por el trabajo con quienes le acompañan en el tejido social.

“A las mujeres no se les toca ni con el pétalo de una rosa” reza el viejo mandato popular. Sin embargo, la realidad social muestra otro panorama.

Entender y dilucidar este tipo de contradicciones se podrá hacer de manera más integral si se involucran otros sectores de la población.

Cae por su propio peso la propuesta de trabajar con grupos diversos y cuya acción social sea determinante en la conformación de la masculinidad. Ello no solo en labores investigativas sino también en intervención de otro tipo en los ámbitos clínico, educativo, comunitario, institucional, etc.

BIBLIOGRAFÍA

Alvarez, A. T. (1992). **Identidad sexual, salud mental y socialización en jóvenes adultos universitarios**. En: Revista Actualidades en Psicología, Vol. 8, Número 71. San José. C.R.: Universidad de Costa Rica, Publicación del Instituto de Investigaciones Psicológicas.

Brenes, L. y Vega, G. (1995). **Representaciones sociales de la sexualidad en niños y niñas pre-escolares, sus padres y sus madres. Un estudio intrafamiliar de tipo cualitativo**. San José, C. R.: Universidad de Costa Rica, Tesis para optar por el grado de Licenciatura en Psicología.

Claramunt, C. (1997). **Casitas Quebradas. El problema de la violencia doméstica en Costa Rica**. San José, C. R.: Editorial Universidad Estatal a Distancia.

Lagarde, M. (1990). **Cautiverios de las mujeres, madresposas, monjas, putas, presas y locas**. México, D.F.: Publicación de la Universidad Nacional Autónoma de México, Colección Posgrado.

Lagarde, M. (1996). Identidad de género y derechos humanos. En: Guzmán, L. y Pacheco, G. (Editoras). **Estudios Básicos de Derechos Humanos IV**. San José. Costa Rica: Instituto Interamericano de Derechos Humanos.

Kimmel, M. (1994). Masculinity as Homophobia: Fear, Shame, and Silence in the Construction of Gender Identity. En: Brod, H. Y Kaufman, M. (Edit.) **Theorizing Masculinities**. California, USA: SAGE Publications, Inc. (Traducción libre de José Manuel Salas).

Naifeh, S. y White, G. (1991). **Por qué los hombres ocultan sus sentimientos**. Buenos Aires, Argentina: Javier Vergara Editor S.A.

Ortiz, M. (1993). **Un análisis psicosocial de la relación clientes-prostitutas, realizado con clientes y prostitutas del Sector Central de San José.** San José, C. R.: Universidad de Costa Rica. Tesis para optar por el grado de Licenciatura en Psicología.

Rodríguez, M. E. y Salas, J. M. (1991). **Poder y violencia: la perspectiva masculina en relación con la violencia en general y la doméstica en particular.** En: Revista Costarricense de Psicología, No. 19, julio-diciembre, páginas 9-20. San José, C. R.: Publicación del Colegio Profesional de Psicólogos.

Salas, J. M. (1996). **La mentira en la construcción de la masculinidad.** En: Revista Costarricense de Psicología, Año 12, Número 24, mayo-agosto, páginas 67-78. San José, C. R.: Publicación del Colegio Profesional de Psicólogos.

Notas de Referencia

No. 1: Salas, J. M. (1996). **Masculinidad y violencia doméstica (lo que perciben los hombres).** San José, Costa Rica: Informe final de Investigación, presentado a la Vicerrectoría de Investigación. Proyecto inscrito con el No. 723-95-230.